

gen de una máquina termodinámica, que crea y consume su propia energía, una máquina caliente, que es plenamente historia y por tanto plenamente social⁵⁰.

Interés personal y utilidad social

«Desde luego, esa sociedad es como un gran estadio donde se corre cuanto se puede tras el lucro». «Toda la sociedad —cita Maravall a Juan A. Alonso Ortiz— es como una gran compañía mercantil». Una compañía mercantil que se caracteriza porque sus componentes, sus socios, son, bajo cierto aspecto, todos iguales. Esa noción de «socios» engendra

el gran entusiasmo de saber que si se trabaja, si se hacen esfuerzos que benefician a los demás, son también beneficiosos necesariamente para sí; y a la inversa es no menos cierto también: quien trabaja en su propio interés trabaja para los demás⁵¹.

Ese es el «descubrimiento» trascendental de la época moderna: de la misma forma que el mundo físico se ordena por el principio de atracción newtoniana, el mundo social se ordena por el principio de interés personal. Un interés que no tiene —puntualiza una y otra vez Maravall— un carácter negativo, moralmente egoísta o rechazable. Muy al contrario, el siglo ilustrado se caracteriza para nuestro autor por su moralismo, y ese moralismo va unido a ese sentimiento de solidaridad o simpatía que, a través del interés personal, vincula a todos entre sí. Pues ese interés, totalmente natural en los individuos y demostrable en todas las sociedades, acaba siendo solidario porque, siendo natural, no es un instinto ciego, un impulso ilimitado, «sino que es un cálculo, una medida; está regido por la moderación». El interés —básicamente radicado en el impulso de huir del dolor y buscar el placer, lo que da energía a su vez para la búsqueda de la felicidad personal, el principal objetivo del hombre en esta tierra para el siglo XVIII— se contempla simultáneamente en un doble plano:

Por un lado, como la fuerza moral interna para que el hombre se gobierne a sí mismo. Es la autonomía moral del individuo que propugna Campomanes. Hay aquí, señala Maravall, un socratismo de base hedonística, que parte de la identificación de que conocerse a sí mismo es conocer su propio interés, en sentido profundo.

Por otro, el interés se contempla como el resorte más seguro en la utilización del gobierno general de todos. Es, en frase del XVIII «el timón con que se gobiernan los hombres»⁵².

Estos dos aspectos combinan, pues, la base individual del interés y, al tiempo, la tendencia social que posee intrínsecamente. Por lo demás, sólo en la libertad puede moverse el interés y la premisa del juego libre es definitoria para los ilustrados. En España, Maravall resalta cómo éstos, en parte por la propia tradición escolástica española, en parte por la exigencia de una realidad, están más inclinados hacia los aspectos sociales, hacia la inflexión en la solidaridad, en el trabajo bien hecho de todos en bien de la comunidad, que a resaltar los aspectos individuales.

⁵⁰ «Espíritu burgués y principio de interés personal...», op. cit., p. 309.

⁵¹ Ibidem, p. 311.

⁵² Ibidem, pp. 319-320.

De esa complejidad se desprende que el interés, aun cuando sea natural, debe ser educado y, en una primera fase, quizá dirigido. Maravall aborda en sus trabajos últimos esta paradoja del «enseñar el propio interés», tanto a través de la enseñanza y socialización, como de las actividades cívicas y sociales, como puede ser el teatro. En la «Política directiva en el teatro ilustrado» y en sus artículos sobre la educación, ya mencionados, analiza la concepción ilustrada de ese dirigismo y de esa educación, que nada tiene ya que ver como el dirigismo barroco. Se trata de «educar para la sociedad», pero siempre de una forma indirecta, potenciando las fuerzas y energías de la propia sociedad y no imponiéndose rotundamente. Todo un discurso pedagógico unido a una idea de regeneración se encuentra ya en los ilustrados y será en los siglos siguientes, tanto en España como en Europa a partir de la revolución francesa de 1789, uno de los pivotes fundamentales de las distintas corrientes sociales, del liberalismo al socialismo.

Y de ahí también en nuestros ilustrados, en la misma línea europea pero con esa inflexión mayor en los aspectos comunitarios, la importancia que adquieren el trabajo y la educación.

Trabajo y educación

Respecto al trabajo, Maravall recoge la nueva concepción que en el siglo XVIII aúna dos factores fundamentales:

- como creador de riquezas y
- como factor de socialización.

Si ya desde el Renacimiento se había iniciado la dignificación del «trabajo mecánico», vinculando la «dignidad humana» y la actividad fabril del hombre, es la teoría lockeana en el siglo XVII la que sanciona definitivamente el valor-trabajo al vincularla decisivamente a la propiedad privada y considerar ésta como un derecho natural, expresión y prolongación, en realidad, de la propia personalidad y del propio esfuerzo. La diferencia con la teoría escolástica es radical: poner el acento en la importancia del valor del trabajo no es lo mismo que vincular al valor-trabajo toda mejora humana y social, como hará Locke. Pues en éste hay implícitas dos consecuencias de largo alcance: que el valor de las cosas procede del trabajo y que la cantidad de trabajo contenida en las cosas es su valor de cambio. Maravall ha tratado este tema no sólo en sus trabajos sobre el siglo XVIII, sino en buena parte de los referidos al Renacimiento, al barroco e incluso a la picaresca. La distinción en la época moderna entre «trabajador» como adjetivo —y por tanto con carácter positivo— y «trabajador» como sustantivo —lo que implica ya otra cosa—, ha sido analizada por él con toda finura, así como el paso de los «pobres en Cristo» a los «pobres viciosos y vagabundos porque no quieren trabajar»⁵³. En el artículo de 1973, sobre la evolución de los vocablos «industria» y «fábrica», se encuentra un exhaustivo análisis de esta vinculación entre trabajo y riqueza, que es, para los ilustrados, esencial. En muchas otras monografías sobre el XVIII investiga la importancia que los ilustrados españoles conceden a la actividad transformadora del trabajo y, muy especialmente, la consideración de que sólo a través del mismo puede recuperarse el sentido de realidad que

⁵³ «De la misericordia a la justicia social en la economía del trabajo: la obra de Juan de Robles». Revista Moneda y Crédito, n.º. 148, Madrid, 1979, pp. 57-88.

falta a los españoles (perdidos en las fantasmagorías de la hidalguía ociosa, del rango y de la nociva limpieza de sangre)⁵⁴. Importa mucho a Maravall dejar claro, a través de toda su investigación del XVIII, pero también de la picaresca y del mundo barroco, que no hay nada por naturaleza que incline al español al ocio y a la pereza⁵⁵, sino que estas características son producto de unas condiciones históricas que en España se agudizaron por la combinación de factores que retardaron la entrada de la modernidad, pero que en principio se encuentran en todo el ámbito europeo.

Además del trabajo, o más bien vinculándose a él, los ilustrados confían muy fundamentalmente en la educación como el cauce para todas las reformas a largo plazo. Casi todas las monografías de Maravall de los años ochenta están dedicadas a este tema, sobre el que pivota no sólo la enseñanza en sí, sino todo lo que afecta a la convivencia social y política de los españoles. Sociabilidad y civilidad descansan en la educación de los ciudadanos. Uno de los aspectos que Maravall recalca una y otra vez, tanto en los artículos que tratan directamente de educación como en las monografías dedicadas a Moratín y al teatro del XVIII, es la distinción ilustrada entre pueblo y plebe. Aquél es susceptible de educación y a él se dirige el esfuerzo de los ilustrados, pero ésta, constituida en vulgo, en multitud ciega que invade los teatros increpando actores, exigiendo bailes y entremeses en mitad de la acción, riñendo y peleando —a veces, sangrientamente—, ejerciendo el «majismo» y el desplante, capitaneados por energúmenos frailes, ésta ni siquiera es ciudadanía. Es importante tener en cuenta, como resalta nuestro autor, que ese «vulgo incivil» lo constituyen no sólo individuos de las clases más bajas o marginados, sino también miembros jóvenes de familias distinguidas pero igualmente inciviles⁵⁶. Los reformadores ilustrados pretenden hacer del pueblo, nación, es decir, comunidad política y fundamentalmente comunidad social. El Estado es para estos reformadores, al decir de Maravall, el instrumento para eliminar obstáculos y para dirigir un cierto «intervencionismo programado» en orden a la consecución de una mayor libertad para los ciudadanos, pero de lo que se trata es de la potenciación de la sociedad civil. Precisamente el siglo XVIII realiza la experiencia de reducir el Estado, de reducir la Iglesia, para ampliar la sociedad⁵⁷.

Los ilustrados se sitúan con este programa educativo, que ahonda en las raíces naciona-

⁵⁴ «Dos términos de la vida económica: la evolución de los vocablos «industria» y «fábrica». Cuadernos Hispanoamericanos, n.º. 280-282, Madrid, 1973, pp. 1-30.—«Mentalidad burguesa e idea de la Historia...», op. cit., p. 277.—«La función educadora del teatro...», op. cit., p. 623.—«The idea of education...», op. cit., p. 7.

⁵⁵ «Sobre el mito de los caracteres nacionales». Revis-

ta de Occidente, tomo I, n.º. 3 (2ª. época), Madrid, 1963.—«Trabajo y exclusión. El trabajador manual en el sistema social de la primera modernidad». París, 1982.—«Un tópico sobre la estructura social: la imagen dicotómica de pobres y ricos». Revista Moneda y Crédito, n.º. 165, Madrid, 1983.—«La crítica de la ociosidad en el primer capitalismo». Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez. Funda-

ción Universitaria, Madrid, 1986.—Y en La literatura picaresca desde la historia social. Taurus, Madrid, 1986, (cap. IV especialmente, pp. 161-195).

⁵⁶ «Goya et son temps». Estudio preliminar del catálogo de la exposición de cuadros de Goya en Amsterdam y París, 1970. (Inédito en español, se publicará en la edición de las obras de Maravall sobre el siglo XVIII

antes citada).—«Del despotismo ilustrado a una ideología de clases medias...», op. cit., pp. 180-181.—«La función educadora del teatro...», op. cit., p. 631.—«Conservadurismo y libertad...», op. cit., p. 700.

⁵⁷ Todos sus últimos escritos sobre la educación y el principio la utilidad inciden en este planteamiento. Muy explícitamente se halla en «The idea of education...», op. cit., pp. 76 y ss.

les y en el sentimiento de comunidad a la vez, lejos de los particularismos extremos y muy especialmente de todo casticismo, algo que consideran un auténtico lastre para toda modernización que ponga a España en parangón con los países occidentales más civilizados⁵⁸.

Todo el panorama educativo ilustrado y los alcances y límites del proyecto educativo del XVIII, así como sus logros evidentes y su importancia para el futuro, están reflejados magistralmente en esas últimas monografías, donde pacientemente Maravall ha reconstruido el espacio mental de una sociedad en desarrollo. El estudio de la idea de Naturaleza, de la sensibilidad, «esa amable virtud», con la que el siglo XVIII refuerza el nuevo vínculo social surgido de la autonomía moral del individuo y alejado por tanto de la sociedad eclesiástica, el del principio de utilidad, constituyen un entramado histórico que presenta un cuadro de conjunto de la Ilustración española y de los escritores del siglo XVIII en general bastante diferente en algunos aspectos a ciertos tópicos establecidos. Contra lo que abiertamente definía, según se dijo al principio, como «banal-marxismo», Maravall defiende la vigencia del programa ilustrado en su contexto histórico, su defensa de la libertad, su sentido de realidad, el éxito de sus reformas. Si hubo fracaso ilustrado, éste no se debe a los hombres del XVIII, sino a los acontecimientos históricos del siglo XIX a partir de la invasión napoleónica y el terrible vacío de poder que ello origina⁵⁹. Pero aun así, y admitiendo que la ruptura violenta de un proceso de desarrollo y modernización que exigía tiempos y ritmos amplios interrumpe desgraciadamente tal desarrollo, el fracaso no es imputable a los que no tuvieron en sus manos orientar el cambio: —«una sociedad no cambia, sino que simplemente se trastorna, cuando los que aspiran a ver realizado tal cambio quedan al margen de la acción que habría que impulsar»⁶⁰. Sin embargo, los hombres del XVIII, y esa es su gloria, sí supieron dejar un legado liberal y reformador del que se nutrirían todas las corrientes progresivas, sociales y políticas del siglo XIX.

María Carmen Iglesias



⁵⁸ El tema del rechazo del casticismo por los ilustrados y el sentido que ello tiene ha sido particularmente tratado por Maravall en los artículos sobre el teatro, las monografías de Moratín y anteriormente en el escrito sobre Goya y su época.

También lo desarrolla en «La palabra "civilización" y su sentido en el siglo XVIII», Actas del quinto congreso internacional de hispanistas, *Bordeaux*, 1977, pp. 79-104, que finaliza con la siguiente reflexión: «Estamos en 1841. Apartándose de su original formulación cosmopolita, la idea de civilización ha servido para fecundar un sentimiento particularista, de un medular casticismo (...). Confieso que personalmente no tengo simpatía alguna por ningún casticismo; pero en tanto que historiador me siento interesado por la temprana presencia de un testimonio de nacionalismo exclusivista, surgido precisamente del concepto de civilización».

⁵⁹ «Notas sobre la libertad de pensamiento...» op. cit., p. 55.—«La fórmula política del despotismo ilustrado», op. cit., p. 19.

⁶⁰ «La función educadora del teatro...», op. cit., p. 642.



Calle de Alcalá.
Primavera de 1936